

IO4

Reikiavik



Primera edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2018

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© Pablo Sebastián Tirado, 2018

Sobrecubierta: © Raúl Arias, 2018

IBIC: FA

ISBN: 978-84-16968-59-6

Depósito legal: M-36890-2018

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Edición y corrección de pruebas: Inés de Cuenca Barella

Imprime: Medianil Gráfico

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Reikiavik

Pablo Sebastián Tirado



Índice

Capítulo 1º Génesis	9
I	11
II	19
III	27
IV	35
V	45
VI	53
VII	59
VIII	63
IX	69
X	75
Capítulo 2º Levítico	87
XI	89
XII	95
XIII	105
XV	113
XVI	125

	XVII	133
	XVIII	139
	XIX	147
Capítulo 3°	Salmos	155
	XX	157
	XXI	167
	XXII	175
	XXIII	183
	XXIV	191
	XXV	197
	XXVI	205
	XXVII	213
	XXVIII	221
	XXIX	227
Capítulo 4°	Apocalipsis	239
	XXX	241
	XXXI	249
	XXXII	261
	XXXIII	269
	XXXIV	277
	XXXV	287

Capítulo 1º
Génesis

I

BARCELONA. JULIO DE 2016

SE SENTÍA INCÓMODO. Pese a calzar unas gruesas botas de montaña tenía los pies helados. Notó la atmósfera enrarecida en cuanto entró en el local de los Ferrutti. La habitual claridad con que leía cada situación, cada amenaza, se disipaba entre aquellas paredes. Le hervía la cabeza como si le hubieran achicharrado las meninges con un microondas industrial. Aun así, llegado el momento, no dudó en sacar su revólver y volarle la tapa de los sesos al mayor de los hermanos.

Para darles caza tuvo que jugarse el todo por el todo. Se introdujo en la guarida del lobo y actuó con determinación.

Los hermanos Ferrutti, Roberto y Alberto, regentaban el mayor negocio de juego clandestino, tráfico de drogas y trata de blancas de la ciudad. Tanto los Mossos d'Esquadra como la Guardia Urbana les dejaban actuar a cambio de que mantuvieran bien lejos a la mafia rusa. Los gerifaltes de la ciudad pensaban que, si una banda de delincuencia organizada

tenía que controlar los bajos fondos, lo mejor era dejar el asunto en manos de los napolitanos. Con ellos se podía hablar y, aunque la Fiscalía General del Estado nunca vio este arreglo con buenos ojos, terminó aceptándolo por el bien común. Fue el sadismo con que los hermanos trataban a sus esclavas lo que acabó llamando la atención de Hannu. Y eso supuso el fin de los Ferrutti.

Con el arma todavía humeante, antes incluso de que el grueso cuerpo de Roberto Ferrutti tocara el suelo, se volvió hacia Alberto y le disparó en el pecho. Por un instante, tan corto como un abrir y cerrar de ojos, creyó ver en él el síntoma de disgusto que cabía esperar de quien le invitó a aquella partida de cartas. El mismo al que se trabajó a conciencia durante días, haciéndole creer que era un excéntrico ricachón en busca de carne fresca.

La tercera bala penetró por la boca del último jugador, el guardaespaldas personal de Roberto, y le salió por la nuca. El muchacho que trabajaba en la barra se tiró al suelo.

La sala era bastante amplia. Las paredes habían sido pintadas de color beis y el suelo lo cubría una gruesa moqueta negra. Por todas partes había espejos, incluso en el techo. Seis taburetes forrados con piel de leopardo dejaban ver que, a horas más intempestivas, en aquel lugar no solo se jugaba a naipes. Una barra de *pole dance*, al final de la estancia, remataba la estampa.

El local ocupaba toda la planta baja de un viejo bloque de apartamentos. Disponía de un baño, la sala de juego, varias habitaciones y una cocina con acceso a un patio de luces. En sus más de ciento veinte metros no aparecía ni una sola ventana.

Hannu observó con detenimiento la escena que acababa de provocar y se sintió satisfecho. Tres disparos, tres fiambres. Se dirigió hacia donde se escondía el joven camarero, un muchacho de apenas veinte años, lo observó con cierto desdén, negó con la cabeza y acabó con él.

—Oíste mi voz en el huerto, tuviste miedo porque estabas desnudo y te escondiste —susurró—. Pero ¿quién te dijo que estabas desnudo? —prosiguió—. ¿Acaso comiste del árbol prohibido? —preguntó al cadáver para terminar respondiéndose a sí mismo, con cierta condescendencia—: La serpiente te engañó. ¡Claro! La serpiente. Siempre es culpa de la serpiente.

En los años que llevaba eliminando escoria de la faz de la tierra, nunca había dejado un cabo suelto. No era momento de cambiar de costumbres. Tras mesarse el pelo con cierta incomodidad y respirar hondo un par de veces, centró su atención en el entorno. Guardó el arma y limpió las pocas huellas que había dejado.

No había sentido nada especial al apretar el gatillo. Ni placer, ni desazón, ni alegría, ni tristeza. Nada.

Finalizado el trabajo, cuando se dirigía a la salida, le sobrevino un pálpito, como si una corriente eléctrica le atravesara el espinazo. Surgió de sus pies todavía fríos y le alcanzó la sien. Presintió que algo no iba bien. De un empujón abrió la puerta de la calle y buscó a su compañero.

Sentado en la acera aguardaba inmóvil un gigantesco rottweiler de más de sesenta kilos y casi un metro de altura. Tenía el pelo tan negro como la noche más oscura, igual que sus ojos, labios y hocico. De no ser por su peso y tamaño, muy superiores a los recomendados por la Fédération Cynologique Internationale, podría haber ganado los concursos caninos a

los que se hubiera presentado. Se trataba de un ejemplar genéticamente perfecto. Un ser excepcional.

En cuanto vio a Hannu, se puso en pie y entró en el local. Desde el primer momento obvió la sala del tiroteo. Olisqueó el aseo, las habitaciones y la cocina, salió al patio de luces y entonces ocurrió: el vello de su lomo se erizó como el de un gato y, por primera vez en mucho tiempo, gruñó. Su lenguaje corporal cambió por completo. Hannu se puso en guardia. Una portezuela de metal demasiado sólida desentonaba en aquella corraliza.

Hannu registró con cuidado los bolsillos de los Ferrutti, pero no encontró nada. Después se ocupó del matón y finalmente del muchacho.

—¡Ya te tengo! —exclamó al dar con una llave de seguridad.

La introdujo en la cerradura del portón y descubrió una habitación preparada para retener a uno o varios individuos durante largas temporadas, en donde una chiquilla atemorizada, vestida con unos diminutos pantalones y una camiseta de tirantes, sostenía en brazos a un bebé de pocos días.

La estancia apestaba a miedo. Hannu conocía bien ese olor, lo había percibido en innumerables ocasiones, aunque allí había algo más que no acababa de descubrir. Pestañeó un par de veces para habituarse a la penumbra y miró a derecha e izquierda, escudriñando como haría una lechuza en busca de su presa. Después levantó el arma y apuntó a la joven. Solo tenía que presionar el gatillo y volver sobre sus pasos. En su larga carrera criminal jamás había dejado testigos que pudieran describir a la Policía la presencia de un albino malcarado de pelo lacio, con un gigantesco rottweiler. Estaba a pun-

to de zanjar el asunto cuando el perro se situó ante la chica, protegiéndola con su cuerpo.

—¿En serio? —inquirió Hannu, dirigiéndose sorprendido al animal—. ¿Es eso lo que quieres? Raeré de la faz de la tierra a los hombres que he creado —recitó—. Génesis, seis, siete —insistió—. Podemos acabar con esto y largarnos, ¡joder!

Como el perro no deponía su actitud, el hombre guardó el arma y se dirigió a la joven:

—Bien. Vístete. Nos vamos —sentenció con la contundencia de un boina verde ante la orden de un superior—. Detrás de la barra encontrarás algo de ropa. —La delicadeza no era su fuerte.

Fue entonces cuando se dio de bruces con la última esencia que impregnaba la sala: la esperanza. Un sutil vaho difícil de distinguirse entre tanto horror.

La muchacha captó el mensaje. Llevaba cautiva desde antes de quedarse embarazada. El menor de los Ferrutti la eligió como madre de su primer vástago y, tras los oportunos análisis para atestiguar su buena salud, la apartó de su grupo de rumanas y la violó repetidamente en aquel cuarto hasta que los test de embarazo dieron positivo. Quería un hijo, pero no cargar con una madre. En cuanto comprobara que el bebé estaba sano y podía ser alimentado con biberón, la haría desaparecer.

Cargada con su hijo, ella caminaba unos pasos por detrás del hombre y el perro, intentando no quedarse rezagada. Su corazón la obligaba a respirar más y más rápido cada vez. Sudaba a borbotones y lamentaba no comprender lo sucedido. Tropezando con varios peatones, que no le prestaron mayor atención, se dio de bruces con una motocicleta mal aparcada y a punto estuvo de que se le cayera el bebé, pero, en un alar-

de de reflejos, Hannu lo evitó. Un viejo ciego que vendía cupones sintió que alguien o algo le empujaba con torpeza sin darse cuenta de que se trataba de un perro.

—¡Tenga cuidado! —protestó.

—Disculpe —dijo la muchacha mientras Florín gemía levemente.

Tras una larga caminata llegaron a una fonda cercana a Las Ramblas, donde nadie reparó en ellos cuando entraron.

En la espartana habitación de Hannu apenas cabía una cama, una alfombrilla de cáñamo, una desgastada butaca de terciopelo y una mesita de aglomerado. Las raídas cortinas que más de un cliente había usado para limpiarse los zapatos tapaban la única ventana.

Entrada la noche, la muchacha, algo más tranquila, daba el pecho a su bebé bajo la atenta mirada de Hannu. Aunque él carecía de dotes para la oratoria y desconocía qué significaba la empatía, decidió iniciar algo parecido a una conversación.

—¿Necesitas algo? —indagó—. Toallas, crema... —Su desconocimiento sobre puericultura resultaba evidente.

—Ropa limpia —afirmó ella, sin levantar la mirada de su pequeño—. Para mí y para el bebé. Y pañales, crema... Y un chupete. Y otras cosas más que tal vez...

Dos extraños, nacidos en países distintos, hablaban un castellano lo bastante fluido para entenderse.

—¡Vale, vale, está bien! —interrumpió Hannu—. Cuando acabes con lo que estés haciendo, pásame una lista.

Ver a la muchacha amamantando a su hijo no le despertaba la menor ternura. Es más, le incomodaba. Para su trabajo se necesitaba ser duro, inteligente e implacable. La presencia de la chica en la pensión le generaba muchos quebraderos de

cabeza. No había tenido relación con nadie. Sus conversaciones más largas se limitaban a la sarta de mentiras que utilizaba para acercarse a sus víctimas. No recordaba la última vez que mantuvo una conversación franca y sincera con una mujer.

—Por cierto, me llamo Bianca —espetó la joven, como si lanzara un hechizo de protección a los cuatro vientos. Y añadió—: Y este es Florín, mi hijo.

—¡Ajá! —respondió él, contrariado. No había caído en la cuenta de que ni siquiera se había presentado—. Yo soy Hannu. —Y a reglón seguido se acercó a la ventana y echó una ojeada—. Aquí estaremos a salvo. Es un buen escondite. No tienes de qué preocuparte. —Las conversaciones triviales carecían de sentido para él. Había olvidado cómo iniciarlas, qué hacer para mantener el interés y la forma adecuada de ponerles fin. Tantos años solo junto al perro, persiguiendo criminales por el mundo, le habían convertido en un ser prácticamente asocial.

Satisfecho y hastiado como solo un bebé puede quedar tras mamar cuarenta minutos, Florín cayó dormido y su madre lo acurrucó cómodamente en el centro de la cama. A continuación se tendió junto a él y cerró los ojos. Por mal que fueran las cosas a partir de entonces nada sería peor que lo dejado atrás, pensó. Puso los cinco sentidos en disfrutar de ese momento de ternura, escuchó el latido de su corazón y sintió la respiración pausada, dulce e inocente del pequeño. Si durante el sueño llegaba el fin, algo que no descartaba, probablemente sería rápido e indoloro. Gozar de aquel instante de paz, de felicidad materna, era lo único importante. Atrás quedaba el infecto pozo en el que había permanecido encerrada durante meses. Había visto de nuevo la luz del sol y

podía abrazar a su hijo sin miedo a que se lo arrancaran de las manos. Si el pistolero cambiaba de opinión y decidía seguir solo su camino, nada podría hacer por evitarlo. Y así, sintiéndose libre, se quedó dormida. Si le llegaba la muerte, no sería más que otro avatar de la vida.

Al despertarse unas horas más tarde, advirtió que Hannu permanecía recostado en el pequeño sillón y que el perro descansaba sobre la estera. Aún no había amanecido, la ciudad guardaba silencio y todo parecía tranquilo. Entonces vio que sobre la mesa había una bolsa de gran tamaño. No necesitó incorporarse para saber que dentro había pañales, toallitas húmedas, varios botes de crema y otros elementos de aseo personal. Junto a ella, un paquete más pequeño envolvía algo de ropa. Entonces cerró de nuevo los ojos, besó la nuca de Florín y empezó a darle vueltas a los pensamientos. ¿Quién era aquel tipo? ¿Por qué la había salvado? ¿De dónde había salido? ¿Qué quería de ella?

Demasiadas preguntas sin respuesta y una frase inquietante en su memoria: «Raeré de la faz de la tierra a los hombres que he creado».

II

CASERTA. SICILIA. AGOSTO DE 2005

EN LA PRISIÓN DE CARINOLA las rutinas eran muy estrictas. A las 07:55 se servía el desayuno: invariablemente leche, una pieza de fruta, ciento cincuenta gramos de cereales y medio litro de agua mineral. Nada de café. Nada de excitantes. A las 08:45 aseo personal. A las 09:15 gimnasia, o trabajo administrativo o labores de jardinería. A las 12:30 almuerzo: verdura hervida y carne a la plancha. De postre yogur o macedonia de frutas. La carne cambiaba, eso sí. Lunes y jueves, lomo de cerdo. Martes y viernes, ternera. Miércoles, sábados y domingos hamburguesas de cerdo o pollo. A las 13:30 lectura, patio o formación profesional. A las 18:30 cena ligera. A las 20:00 todo el mundo debía estar de nuevo en su celda.

Así pasó Pietro Fabrucczini los primeros cinco años de condena. No era un preso modélico. Nunca colaboró con los funcionarios del centro, ni aceptó un trabajo ni actuó como

tutor de algún recién llegado. Por eso no disfrutaba de los mismos privilegios que otros reclusos. Su celda no estaba en el módulo A, el destinado a presos con condenas menores o delincuentes de guante blanco. Tampoco gozaba de permisos especiales para recibir visitas más allá del mínimo legal establecido. No obstante, tampoco podía decirse que fuera conflictivo. Más bien se trataba de un interno tranquilo que iba a su aire.

Alto, moreno y de complexión atlética, tenía el físico de un baloncestista. Su fuerza se evidenciaba en sus hombros y cuello, al igual que en sus bíceps y espalda.

Vestía con sencillez, sin caer en el estereotipo del chándal carcelario, con camisetas blancas de cierta marca deportiva que se podían adquirir en el economato del centro. Sus pantalones, lisos y oscuros, eran de algodón en verano y de lana en invierno. Como otros muchos internos, calzaba mocasines marrones sin cordones. Odiaba a los tipos que se paseaban por el módulo en chancas de baño.

Su rostro atractivo lo perfilaba una afilada nariz que separaba dos ojos negros como la noche. Su boca era pequeña, de labios finos, casi planos.

Condenado a veinticinco años por homicidio tras un intenso tiroteo con los Carabinieri, Pietro había trabajado para la familia Mancini desde que no era más que un joven imberbe con ganas de salir del inmundo agujero en que creció. Su padre desapareció cuando él apenas levantaba unos palmos del suelo y su madre, enganchada a la heroína, apenas podía cuidar de sí misma. Su hermana, que se ocupó de él todo lo que pudo, llegó a vender lo poco que tenía para darle algo que llevarse a la boca, hasta que cayó en manos de una red de proxenetas y no volvió a verla. Quedarse solo fue un duro

golpe y se sintió tan culpable de la suerte de su hermana que creyó que nunca podría perdonárselo. Don Carlo Mancini, por aquel entonces el capo mafioso más importante de Sicilia, lo acogió bajo su protección, le dio un trabajo y le procuró estudios. Pietro comenzó como recadero, llevando paquetes de un lado a otro de la isla, y con el paso de los años fue haciéndose un hueco en la organización. Al cumplir los treinta años ya era el guardaespaldas personal de don Carlo. Había aprendido a manejar todo tipo de armas, y demostrado un talento natural con el cuchillo. Sus habilidades en defensa personal eran notables y su lealtad a la familia estaba fuera de duda. Durante aquellos años estudió idiomas, informática, mecánica y algo de historia. Don Carlo fomentaba la formación humanística de su personal más cercano y logró que Pietro aprendiera inglés y español. También le obligaba a estar presente cuando se reunía con el veterano profesor de Geografía e Historia con el que tomaba café para discutir sobre el devenir del mundo.

Muchas tardes, en la terraza de Villa Mancini, les oyó hablar sobre la vieja Roma, los emperadores, los buenos y los no tan buenos, la división del imperio y cómo los godos acabaron conquistando la mitad occidental. Les escuchó discutir sobre quiénes fueron más relevantes en el posterior auge de la península, si los rudos campesinos de Nápoles o los refinados comerciantes venecianos. Y se maravilló con las conclusiones a las que llegaban. Jamás osó abrir la boca. Estaba allí para aprender, no para opinar, tratando de retener en su memoria las opiniones de aquellos hombres. Un día oyó por primera vez el nombre de Garibaldi, héroe de la unificación de Italia y solo una vez vio a don Carlo enfadarse con el

viejo profesor a causa del auge del fascismo. Sus opiniones a este respecto eran diametralmente opuestas.

La mañana en que las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado los acorralaron junto al estadio de Palermo, los dos supieron que era el fin. Don Carlo, al ver los vehículos de Policía cortándoles el paso, comprendió que la ley finalmente caía sobre él. A un juez especialmente testarudo se le había metido entre ceja y ceja enchironarlo, y el momento había llegado. Con gesto serio miró a Pietro, que permanecía inmóvil al volante, y le dijo:

—Que no me cojan vivo, hijo. Vamos a enseñar a esos hijos de perra de qué está hecho un verdadero italiano.

En la refriega que tuvo lugar a continuación fallecieron cuatro agentes de la ley; dos por disparos del propio don Carlo y otros dos a manos de Pietro. Y la cosa habría ido a más de no ser por la imprudencia del viejo, quien, como si deseara poner punto y final a la masacre, permaneció en pie fuera del Mercedes Benz mientras recargaba el arma. En ese instante, varias ráfagas de ametralladora acabaron con su vida. Pietro corrió a socorrerle y también recibió su parte. Pasados varios meses en el hospital, fue juzgado y condenado.

El proceso, retransmitido casi en directo por la televisión pública, estuvo plagado de irregularidades. Las únicas pruebas contra Pietro fueron las declaraciones de los Carabinieri que participaron en el tiroteo. Ni se presentaron vídeos explícitos ni pruebas periciales. Judicialmente supuso una chapuza en toda regla: la frustración del magistrado por no poder procesar al gran capo acabó pagándola su lacayo.

Las primeras semanas en Carinola resultaron las más duras. Convencido de que la familia ordenaría su ejecución

para garantizar su silencio, siempre temía que al menor descuido un pincho afilado le atravesara el hígado. Pero el verdugo nunca apareció. Su negativa a declarar durante el juicio obtuvo recompensa aunque, si él hubiera estado en la piel del hijo de don Carlo, no hubiera sido tan clemente.

Pietro quería a don Carlo como a un padre. Se lo debía todo. Hasta la vida. Por eso siempre le fue leal y acató todas y cada una de sus órdenes. Robó, engañó y asesinó por la familia. No se arrepentía de ello, aunque a veces sí se avergonzaba. Creía que el arrepentimiento y la vergüenza no tenían por qué ir necesariamente unidos. De hecho, él separaba ambos sentimientos con la maestría de un cirujano. Se arrepentía de aquellas cosas que no había hecho, como no follarse a la hija de un boticario de Borgo Vecchio o a la mujer del panadero cuando se le pusieron a tiro. Se avergonzaba de las vidas sesgadas de inocentes o de hijos de mala madre que merecían la peor de las suertes. También de haber participado en orgías con mujeres reclutadas en Europa del Este para ser explotadas sin compasión. Le preocupaba que su hermana hubiera corrido la misma suerte que ellas, pensamiento que enseguida apartaba de su cabeza para no atormentarse.

Por la mañana, tras ocho horas de sueño reparador, los fantasmas volaban llevándose con ellos toda esa mierda.

A falta de mejor distracción, terminó aficionándose a la lectura. Comenzó con los abundantes *best seller* de la biblioteca, aunque pronto se cansó de su trivialidad. A fin de cuentas, esas novelas no contaban nada que él no hubiera vivido, así que no tardó en decantarse por las grandes historias como *Guerra y paz* o *Anna Karenina*, aunque la densidad de estos textos acabó por abrumarlo. Cumplidos ya más de dos años de condena, un buen

día se zambulló, más por hastío que por devoción, en los clásicos latinos. Escondida tras varios estantes repletos de periódicos viejos, en la zona que los funcionarios denominaban la heme-roteca, encontró una colección de libros de la que jamás había oído hablar. Escritores como Terencio, Cicerón, Virgilio o Séneca le abrieron los ojos a una literatura maravillosa, deliciosa como ninguna otra y alejada de la simpleza de su propia vida. Al principio los leyó en italiano y posteriormente decidió que sería mejor hacerlo en latín. Su único acercamiento al sistema penitenciario en cinco años fue solicitar formalmente un manual de aprendizaje de la lengua de César, junto a los títulos latinos en su versión original que más le habían gustado. Al fin y al cabo, tampoco tenía nada mejor que hacer en las décadas siguientes. Dado lo extraño de su petición, el director del centro dio su visto bueno y urgió a los funcionarios a conseguir esos libros, y muchos otros, en el menor plazo posible.

Cumplidos ya cinco años de reclusión, Pietro Fabrucci ni leía y escribía en latín como si fuera su lengua materna.

Entre sus textos favoritos se encontraba *Las metamorfosis*, de Ovidio, un extenso poema dividido en quince libros, que versaba sobre los cambios físicos que podían sufrir los dioses para alcanzar sus objetivos. Arrancaba con el origen del mundo y hallaba su clímax en la conversión de Julio César en deidad. Compuesto por doscientas cincuenta leyendas mitológicas, para sorpresa del propio Pietro le hizo reflexionar sobre la capacidad del ser humano para cambiar, para transformarse en algo mejor. Si un dios romano era capaz de ello, ¿por qué no un hombre del siglo XXI?

Una calurosa tarde de aquel especialmente tórrido mes le notificaron que a la mañana siguiente recibiría una visita, la

primera desde que entró allí. No creyó que fuera una buena noticia.

—No lo entiendo —inquirió al funcionario—. ¿Quién demonios va a querer verme?

—Eso no lo sé, Pietro. Lo único que me han dicho es que debes vestirme correctamente y afeitarte.

—¡Anda ya! —concluyó antes de que el portón de su celda se cerrara.

Uno de los pocos lujos de estar allí dentro se basaba en no tener que afeitarse más que una o dos veces al mes. La orden de rasurarse la barba supuso para Pietro una intromisión en toda regla en su intimidad.

Poco a poco, como si le pesara el alma, se volvió hacia su catre dejándose caer sobre él. Cruzó las piernas, colocó las manos detrás de la cabeza y frunció el ceño. Tenía que pensar.

III

BARCELONA. JULIO DE 2016

BIANCA BUSCÓ A TIENTAS a su bebé, palpando alrededor de su cuerpo, y al no encontrarlo alargó el brazo hasta el extremo de la cama. El niño no estaba y se puso en pie sobrecogida. La habitación permanecía en penumbra, con la persiana bajada; apenas un hilo de luz lograba abrirse paso por debajo de la puerta.

—¡Florín! ¡Florín!—gritó angustiada.

—Tranquila —susurró Hannu desde el sillón, con el bebé en brazos—. Lo tengo yo.

El alivio inicial que sintió dio paso enseguida a la ira. Caminó hasta el pistolero tropezando con la pata de la cama y con el grueso corpachón del perro, le arrebató al bebé y regresó sobre sus pasos. Tenía ganas de gritarle. ¿Quién se creía que era para arrebatarle a sus bebé mientras ella dormía? Sin embargo, optó por contenerse y actuar con prudencia.

Hannu experimentaba una nueva y extraña sensación. Jamás había tenido en brazos un bebé, sensación que le provocaba perturbadores sentimientos de ternura. Ya no le cabía la menor duda, la ciudad empezaba a despertar en él impulsos y emociones que solo creía de otros. Un latido lento y casi imperceptible se abría paso en su corazón. Un grito ahogado que pretendía sacar a flote su capacidad de sentir, de amar y de odiar, desaparecida desde que tenía memoria.

—Había empezado a gimotear y no he querido despertarte —se disculpó mientras le sorprendía la rapidez con que había desaparecido de ella el olor a miedo.

—No pasa nada —consiguió responderle—. Está bien.

—¿Ningún problema? —preguntó tímidamente Hannu.

—Ningún problema —respondió Bianca arrojando de nuevo al bebé entre las sábanas—. Solo me he preocupado al... Ya sabes... Al despertarme y no sentirlo a mi lado.

—Lo he tratado con mucho cuidado.

La joven recibió esas palabras como un mazazo. El pistolero afirmaba haber tratado al bebé con cuidado, pero no con cariño, como si en lugar de un ser humano Florín fuera un jarrón chino. Y en ese momento empezó a pensar que tal vez no era mala idea huir de aquel gigante.

Una hora y media después se habían puesto de nuevo en marcha.

Abandonaron el hostel con la mayor discreción. Hannu pagó en efectivo y los cuatro se dirigieron a Las Ramblas con paso decidido. Allí comieron algo en un café y siguieron hacia la Plaza de Cataluña para coger Pau Claris y Aragón, y llegar a la confluencia con la Avenida Diagonal. Estuvieron caminando sin detenerse durante más de una hora hasta lle-

gar a un bloque de viviendas que Hannu consideró adecuado. Observó detenidamente la fachada y asintió en silencio. Ese era un lugar seguro, al menos por ahora. Empujó la puerta del zaguán y la abrió sin dificultad.

Al llegar al cuarto piso sacó un juego de ganzúas y jugó con una cerradura como un niño travieso hasta lograr abrirla. Se trataba de un lujoso apartamento en donde podrían esconderse con todas las comodidades mientras los propietarios pasaban el verano en Viladrau. De las paredes colgaban valiosos lienzos de artistas muy cotizados. La decoración minimalista era cálida y acogedora y la calidad de los muebles dejaba bien claro que no habían sido adquiridos en unos grandes almacenes suecos.

El resto de vecinos de la planta también estaba de vacaciones. Hannu había controlado las idas y venidas de muchos propietarios de la zona durante las semanas previas al tiroteo. Conocía qué viviendas iban a quedar desocupadas y durante cuánto tiempo. Disponía por toda Barcelona de otros siete pisos similares. Acceder a los paneles de control de los sistemas de alarma y manipularlos a su conveniencia no le supuso dificultad.

—¿De quién es esta casa? —preguntó la chica—. Porque tuya no, seguro que no...

—Es de... unos amigos —respondió Hannu, rascándose el cogote.

—De unos amigos, claro... —insistió mientras acomodaba al pequeño en un gigantesco sofá blanco de cinco plazas—. Anoche dormimos en un cuchitril y hoy nos instalamos en este casoplón de unos amigos.

Necesitaba respuestas sinceras y Hannu se dio cuenta. Advirtió también el peligro que suponía cruzar la ciudad con

una mujer que empezaba a acumular dudas y creyó que había llegado el momento de darle algunas explicaciones.

Acomodados en dos imponentes butacas de piel y madera, mientras Florín dormía y la amenaza de una inminente y dolorosa muerte parecía disiparse entre los rayos de luz que entraban por el ventanal, Hannu cayó en la cuenta de lo hermosa que era Bianca. Sus rasgos delicados le hacían parecer una muñeca de porcelana con la cara llena de pecas, carnosos labios rojos y un precioso pelo rubio, largo y algo encrespado. Sus ojos, de un intenso color verde, reflejaban una gran tristeza. Demoleadora. Implacable. Mucho mayor de lo que ella pretendía traslucir, y ese orgullo, esa rebeldía indomable, conmovió al matón.

Bajo aquella luz, el cabello de Hannu parecía de plata y en su rostro imperturbable Bianca advirtió la existencia de profundas heridas. No era alguien corriente, imponía temor. Sus ojos azules, nórdicos, destacaban sobre su tez pálida, caucásica, quizás escandinava. Pensó que, para una mujer con una vida más sencilla, Hannu podía resultar interesante, exótico e incluso atractivo. La fortaleza de sus músculos era notable, por no hablar de su ancha espalda y marcados pectorales. Demasiado para ella, acostumbrada a que los hombres que se cruzaban en su camino la follaran contra su voluntad; pensar sobre Hannu de ese modo era un lujo que no podía permitirse.

—Está bien —empezó diciendo él, una vez que tomaron asiento—. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo? —respondió forzando una sonrisa que pretendía ser burlona—. ¿Qué quiero saber? ¡Joder! ¡Pues todo! Quiero saberlo todo —continuó mientras hacía ademán de ponerse en pie, acción que él detuvo alzando ligeramente la

mano y torciendo el gesto—. Quiero saber quién eres, por qué nos has salvado, qué esperas de mí, adónde nos llevas, quién te envía, qué...

—Muchas preguntas —interrumpió Hannu.

—Sí. Lo sé —reconoció Bianca, algo nerviosa, casi enfadada—. Demasiadas, pero necesito respuestas. Por ejemplo, si ya me has salvado, ¿puedo hacer mi camino o debo seguir contigo? —Cuanto más hablaba más delataba su inquietud—. ¡Joder! Ni siquiera sé cómo se llama tu amigo —protestó finalmente, y en ese instante el perro levantó la cabeza, como si supiera que se estaban refiriendo a él—. ¿Ves? ¿Ves lo que quiero decir? ¡Pero si parece que tiene inteligencia propia! —concluyó mientras señalaba enérgicamente al can que les miraba tumbado a su lado.

Hannu se incorporó un poco en el sillón, la miró fijamente y trató de poner en orden algunas ideas.

—Veamos... —quería sonar convincente y no parecer un maldito chiflado, por lo que decidió responder parcialmente—. Algunas de esas preguntas no van a encontrar hoy su respuesta. Otras, sí.

Bianca lo miraba en silencio, consciente de que si le interrumpía podía dar al traste con su anhelo de información. Aun así, le costó horrores mantener la boca cerrada.

—La verdad es que no sé quién eres ni qué hacías en el local de los Ferrutti —confesó Hannu—. Me lo puedo imaginar, pero poco más. Te retenían contra tu voluntad y creo que ese crío de ahí tiene algo que ver. Después me contarás tu historia con detalle y así yo también tendré algo más de información. Créeme, no entraba en mis planes rescatar a nadie de aquella sala de juego. Fui a liquidar un asunto, solo

eso. —La muchacha se merecía oír alguna que otra verdad, por dura que fuera—. Si llego a imaginar que utilizaban el local como zulo de rehenes hubiera buscado otro sitio para acabar con ellos. Tal vez por eso me sienta en parte responsable de ti.

—Un momento... —interrumpió Bianca—. ¿Has dicho que fuiste hasta aquel maldito lugar para liquidar a los hermanos Ferrutti? Pero... ¿Por qué? ¿Qué eres? ¿Un criminal?

—Algo parecido —afirmó, sin aclarar que nadie le contrataba. Por el momento era mejor que la chica pensara que estaba ante un simple asesino a sueldo—. Los Ferrutti eran mala gente. Escoria de la peor calaña, asesinos, violadores y ladrones. No merecían seguir viviendo impunemente en esta ciudad.

—Todo eso está muy bien pero... ¿quiere eso decir que puedo coger a mi bebé y largarme?

—¡Déjame terminar, por favor! —cortó Hannu—. Estoy intentando darte respuestas. Te contaré lo que pueda, lo que crea que es útil para ti, y así podremos seguir con esta locura. ¿De acuerdo?

Ella se mantuvo en silencio.

—¡No, Bianca! No hay silencios que valgan —sentenció—. ¿Aceptas las condiciones o me callo yo también? —Su tono de voz no denotaba crispación, sonaba neutro y convincente, infundía una extraña tranquilidad.

—¡De acuerdo, de acuerdo, acepto! —respondió—. Continúa.

—El caso es que tú no deseas estar aquí conmigo, y creo haber dejado claro que no entraba en mis planes cargar con nadie, pero nos guste o no somos compañeros de viaje, y más

nos vale entendernos o no saldremos vivos de la ciudad. Debes seguir a mi lado —afirmó—, porque sin mí no durarías ni un día. No te salvé para permitir que te cojan a las pocas horas —dijo mientras observaba cómo el gesto de Bianca se oscurecía—. Puedo imaginarme que no has tenido mucha suerte con la gente, pero créeme cuando te digo que conmigo estarás mejor. Te sacaré de Barcelona, te llevaré a un lugar seguro y me iré. Y si por el camino tengo que pegarle fuego a esta maldita ciudad, lo haré. Pero tienes que confiar en mí. Bueno, no, me basta con que me obedezcas.

—Es que... —dudó, haciéndose la desvalida, papel que casi siempre le había funcionado—. Es que... yo nunca... No sé qué hacer —avanzó mientras se incorporaba en la butaca para acercar su rostro al del pistolero. Quizá, pensó, podía coquetear con él para dominarlo y así lograr su objetivo: escapar con su bebé cuanto antes. Jugueteeó con su pelo y sonrió. Había logrado que se fijara en ella y no pensaba desaprovecharlo.

—Te entiendo —afirmó Hannu, incómodo—. Pero debes hacer lo que te digo —aseguró, apartando la mirada y volviendo la cabeza hacia la ventana—. He preparado este golpe con detenimiento. Tengo algún as en la manga, como lo de este piso. Lo único que nos falta es comida para ti y tu bebé, y ese no es un gran problema.

Bianca asintió, sin dejar de arrastrar cierta mueca de disgusto. Volvió a dejarse caer contra el asiento, recopilando cantidad de preguntas importantes para ella que quedaban sin respuesta: por qué quiso dispararle nada más verla, por qué no lo hizo cuando el perro se interpuso entre ambos, qué le motivó a sacarla de allí... Hannu no le había aclarado quién era, ni qué hacía, ni por qué lo acompañaba un perro enor-

me. ¿Qué asesino a sueldo trabajaba junto a un perro? En el mundo de Bianca nadie hacía nada de manera altruista por nadie, por lo que no creía que Hannu estuviera siendo sincero. De hecho, no se había creído ni una sola palabra de lo que le había contado, por lo que se afianzó en ella la idea de huir a la menor oportunidad.

Hannu sonrió en la cocina mientras calentaba unos sándwiches de jamón cocido y queso. Dejó a un lado el cuchillo con el que había quitado la corteza del pan de molde y se pasó una mano por la frente. Aquella chiquilla le estaba complicando la vida. «¿Qué estoy haciendo?», murmuró. ¿A estas alturas de la vida se ponía a hacer de príncipe valiente? ¿A quién quería engañar? Era simple y llanamente un asesino. No se dedicaba a rescatar rehenes ni a ayudar a víctimas. Mataba, eso era todo, ajusticiaba a los repugnantes que no merecían habitar la Tierra.

El perro entró en la cocina, se coló entre sus piernas y roncó dulcemente, como si supiera en qué estaba pensando su amo y quisiera tranquilizarlo. Él le rascó detrás de las orejas, le acarició el lomo con fuerza y dejó atrás los pensamientos. Regresó junto a la muchacha e intentó parecer comprensivo.

—Y ahora, por favor, cuéntame tu historia, Bianca —pidió, a la vez que le acercaba la bandeja con el almuerzo.